



FIESTAS
DE NUESTRA SEÑORA
DEL ROSARIO

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LA UNIÓN

1962



Amigo, bienvenido seas.

Bienvenido seas a La Unión, ciudad minera por la gracia de Dios, amigo.

¿Alguien no te dio aún a conocer su historia fabulosa, su ayer crepitante como una llama, su pasado sonámbulo y dolorido? Poco te habrán de decir entonces las urbanas perspectivas «fin de siglo», el solar soñoliento junto al edificio presuntuoso, el cante de las minas que brota, como un surtidor, del corazón, que no de la garganta; la indolencia casi fatalista de sus habitantes...

Te asombrará conocer el hueso del pasado, la almendra de su historia en la que caben aventureros a lo Far-West que padecen la fiebre de la plata; tablados donde, bajo las luces moradas de gas, el mantón de Manila se ciñe, como una piel, a las caderas de las cupletistas; el oscuro dolor, el placer sin frontera y hasta la muerte desolada de ese gran personaje de tragedia clásica que es el minero del novecientos, el cual, previamente, según reza la copla, a través de sus horas de trabajo, «va abriendo su sepultura».

Tierra apasionada y pródiga, Eldorado del tópico hecho jarana y rumbo, ciudad que un día recibe, sin embargo, el zarpazo bíblico de la desolación, la salpicadura dolorosa del drama que acaba introduciéndola, como a Yecla, su hermana en sangre murciana, en la literatura.

De todo el pasado delirante de la ciudad, aceptemos ese poso de liberalidad que sobrevive en el espíritu de sus habitantes, su esperanza en una resurrección a la que jamás renunció el unionense, el señorío innato de sus gentes imaginativas y cordiales, ese además generoso, en fin, clave de muchos secretos, que ahora, cuando los primeros cohetes que anuncian la fiesta espantan a las cinco abejas de su escudo, hace disponer a La Unión, a tu favor, amigo, su pan y su sal, para decirte: bienvenido seas.

CANTE DE LAS MINAS

Juan Martínez Peñafiel, que montó academias de cante y baile en París y Lisboa, y que recorrió Nueva York, Constantinopla y Rusia, tuvo en Archena por pareja a la hija del Chilares. De «cantaores» iban el propio Chilares y el Rojo el Alpargatero.

*En la sierra de La Unión
no cantan los forasteros
mientras que vivan Chilares
y el Rojo el Alpargatero.*

¡Poder del cante, ciclón de la copla que manda en los corazones y conmueve las voluntades!

*No se asuste usted, madama
que el que canta es un minero
que tiene la voz tomada
del humo de los barrenos.*

¿A qué pozo mágico conduce el brocal, ojo jamás dormido, recortado en la madera de la guitarra? ¿Qué misterioso universo levantan los versos de la «minera», la «cartagenera» y la «taranta»? ¿Qué ruiseñor herido tiende su vuelo en la garganta de los «cantaores» para asustar así a las madamas unionenses que taconean con garbo tal vez en el sitio donde Roma enterró vasijas, monedas, estatuillas, lucernas...?

Porque habría que decir de una vez para siempre a los que creen en una excesiva juventud de la ciudad, que cuando los cimientos del imperio romano se sintieron sacudidos por el nacimiento del Hijo del Hombre, la historia de La Unión contaba ya con una importante cargazón de días mineros, con más de cuarenta mil hombres trabajando en la sierra, los cuales llegaron a producir al Estado un beneficio diario de 20.000 dracmas.

Se asienta, pues, el cante sobre una peana de siglos, y a veces parece recordar el detalle ese fino cansancio aristocrático de los «cantaores», gente que, como aseguraba el mejor poeta del cante, llevaba casi siempre el corazón en la cabeza.

Quizás sea Emilia Benito la que con más pasión y finura entendió el cante de las minas, dando rango y categoría a las letras más baratas. Al menos su nombre adquiere condición de mito en la pequeña historia ciudadana a la que aún parece llegar, de vez en cuando, el perfume de las rosas de sus famosos mantones de Manila. Cantando «cartageneras» se fue por los mares Emilia Benito, y por las tierras del mundo, y en Méjico le sorprendió la muerte, seguramente con la nostalgia de La Unión mordiendo como un cuchillo, su corazón de «cantaora» universal, aquel corazón fabuloso y único que un día había comenzado a latir en la calle de la Uva.



Emilia Benito, una de las más sensibles intérpretes del Cante de las minas.

FIESTA MAYOR

El pueblo, que a lo largo del año acepta más o menos a lo topatolondro el castigo genesiaco del trabajo, acoge con indudable regocijo el programa anual de festejos. Como un alivio. Más: como una recompensa por tantos días desvaídos, sin sueño ni brillo, padecidos de octubre a octubre.

Es evidente que el pueblo necesita su dosis de ilusión, su cura anual de fantasía. Acaso el «pan y toros» del XIX constituyó, en última instancia, feliz respuesta a un problema de nutrición tanto fisiológica como psíquica.

Que el pueblo se siente ligado a los festejos es algo que se calla por sabido. Basta un pasodoble interpretado por una banda municipal y unas tiras de bombillas balanceándose en el aire cotidiano, para que el corazón se eche a la calle con el mejor ánimo, dispuesto al entendimiento cordial.

De toda la amalgama histórica de La Unión, con todo su dramatismo social que una vez llegó al sangriento motín, con su preocupación y su pena por tantas cosas, sobrenada el colorín cascabelero de sus «cosos», de sus bailes y sus cabalgatas. Aún se comenta entre los más viejos, la fastuosidad de los festejos de 1913; la fiesta del Teatro principal, una noche de 1898, en la que se llegaron a abonar por determinadas localidades, hasta mil pesetas; las quinientas arrobas que según «El Palenque» fueron vendidas por un confitero unionense una tarde de procesiones...

Cada año las fiestas marcan los días más gozosos y nobles del año y, desde luego, los más prometedores. Durante varias jornadas, La Unión, en el mejor momento del otoño, cuando la sierra alcanza el dorado maduro de la fruta en plenitud, ofrece a las manos recias de sus hombres, hechas para el pico y el marro, la aérea pirueta de la pólvora que estalla sobre tejados y terrazas, la fuerza gallarda y sorprendente del Cante de las Minas, la frívola fragancia de la Batalla de Flores, en la que, tripulando una carroza, en competencia con el clavel o el gladiolo, las niñas se hacen mujeres.

La fuerza de la sangre acelera los pulsos jóvenes, tanto, que a veces hay que echarse mano al corazón engalanado para que no estalle como una piñata.

